

Hugo Bouter

La fe y las obras según Santiago

Santiago 2

¿Te puedes creer que la Reforma hace ya 500 años que quedó atrás? ¿Y el inicio del movimiento bautista, que quería volver de manera radical a las raíces bíblicas de nuestra fe? Aun así, la idea de una iglesia gobernante se mantuvo durante mucho tiempo en siglos posteriores, de modo que en la actualidad todavía tenemos que acostumbrarnos a la realidad de una iglesia que sufre y es perseguida, lo cual cobra más sentido desde el punto de vista bíblico e histórico.

Lamentablemente, a Lutero y compañía también les acusaron de ejercer unas prácticas erróneas motivadas por su posición, al provocar, entre otras cosas, que los anabaptistas – sus compañeros cristianos – fueran perseguidos por las autoridades seculares a causa de su práctica bautismal. Lutero llegó a criticar la epístola de Santiago, a la que llamó «carta de paja» (pajiza e inflamable), pues decía que hacía demasiado énfasis en las buenas obras del hombre.

Viéndolo en retrospectiva, es evidente que se trató de un gran malentendido. Mientras que la epístola a los romanos trata de la justificación solo por la fe, es decir, sin las obras de la ley ante Dios, el justo Juez, la epístola de Santiago trata de nuestra justificación práctica ante las personas que nos rodean, precisamente por las obras de misericordia que hacemos como creyentes. Esto no tiene que ver con las obras de la ley, para presumir, sino con las obras de la fe (St 2:14-26). Es una perspectiva diferente, un punto de vista distinto. Sin embargo, en realidad Santiago no quiere desvirtuar la doctrina de la justificación ante Dios por la sola fe, es decir, sin los esfuerzos del hombre, como enseña la epístola a los Romanos.

Santiago nos muestra que la fe sin obras está muerta y que no tiene sentido. Al igual que el cuerpo sin el espíritu está muerto, también lo está la fe sin las obras correspondientes. Es evidente que gira en torno a la verdadera fe, la cual se demuestra con el verdadero amor, el amor de Dios, que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que Él nos ha dado (Ro 5:5). Santiago menciona dos ejemplos concretos: la fe de Abraham, y la de Rahab (St 2:21, 25).

¿Por qué estos ejemplos son especialmente alentadores? Porque tratan de demostrar el verdadero amor hacia Dios (1), aunque también hacia las personas que nos rodean (2). Porque nuestra fe debe verse activa a través del amor. Este es el tema que aborda Santiago, de ahí que cite especialmente el capítulo 22 de Génesis (cf. St 2,21). La fe de Abraham, por la que este ya había sido justificado en Génesis 15, se demostró en la práctica cuando el patriarca estuvo dispuesto a sacrificar a Dios lo más querido que tenía: su único hijo. Este fue su último acto de fe. En Romanos 4, Pablo cita concretamente Génesis 15, que trata de la fe incondicional de Abraham en las promesas de Dios. Esto es la fe, sin las obras de la ley, por la que somos justificados delante de Dios. La fe de Abraham se perfeccionó a partir de sus obras posteriores, y fue así confirmada ante Dios y los hombres (St 2:22).

Rahab mostró tener verdadero amor por el pueblo de Dios, escondiendo a los espías y permitiéndoles salir de Jericó por otra ruta (Jos 2 y 6). Este acto de amor radicaba en su fe incondicional en las promesas que Dios había hecho a su pueblo, con el que ella se identificó. También hizo uso del remedio que se le ofrecía: el cordón escarlata, que, proféticamente, apunta a la redención por la sangre de Cristo (cf. Is 1:18). Así pues, Rahab tuvo verdadera fe en la Palabra de Dios, aunque también tuvo verdadero amor y abnegación por el pueblo divino y fue justificada ante Dios y los hombres. Aprendamos de estos dos ejemplos para nuestra vida de fe.
